

Ignacio del Río

*El noroeste del México colonial
Estudios históricos sobre Sonora, Sinaloa
y Baja California*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

214 p.

(Serie Historia Novohispana, 77)

ISBN 978-970-32-4292-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/noroeste/estudios.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL ESTABLECIMIENTO DEL CONTACTO INTERÉTNICO EN LA PENÍNSULA DE CALIFORNIA (1697-1702)¹

En el año de 1533 fue descubierta por los españoles la península de California, que luego sería conocida como la Antigua o Baja California. Desde entonces se sucedieron allí los contactos entre gente de origen europeo y la población aborigen peninsular. Durante poco más de un siglo y medio, sin embargo, esos contactos fueron de corta duración y en su mayoría no pasaron de ser meramente accidentales. Se hicieron en ese tiempo varios intentos de colonización por parte de los españoles, pero todos ellos resultaron fallidos. No fue sino hasta el año de 1697 cuando un grupo inmigrante encabezado por misioneros jesuitas logró asentarse de fijo en territorio californiano. El contacto fue desde entonces permanente y se mantuvo, además, en una continua expansión.

El estudio de la situación de contacto interétnico que se dio en la península de California resulta particularmente interesante —entre otras razones— porque los antiguos pobladores de la región eran en su totalidad cazadores-recolectores. En este trabajo vamos a referirnos nada más a los contactos iniciales que se dieron entre los fundadores de misiones y los grupos aborígenes peninsulares. Cubrirán nuestras referencias el periodo que va de 1697 a 1702, lapso en el que quedaron fundadas las dos primeras misiones jesuíticas —Nuestra Señora de Loreto y San Francisco Javier—, a las que se vincularon dos sitios de extensión misional aludidos como “pueblos de visita” —San Juan Londó y Nuestra Señora de los Dolores—. Hemos de ver aquí cómo con la entrada, el asentamiento y la expansión del grupo inmigrante no sólo se hizo posible el contacto directo y continuado con la población autóctona, sino que se crearon desde luego condiciones para que las relaciones sociales a que dio lugar la situación de contacto devi-

¹ Con el título de “Les missions jésuites en Basse Californie”, este artículo fue publicado en Joëlle Rostowski y Sylvie Devers (eds.), *Destins croisés. Cinq siècles de rencontres avec les amérindiens*, Paris, UNESCO/Albin Michel, 1992, p. 151-161. El libro fue publicado luego en español (Madrid, UNESCO/Siglo XXI de España Editores, 1996).

nieran paulatinamente relaciones de dominio. Haremos finalmente algunas consideraciones generales sobre el impacto que las misiones jesuíticas tuvieron en la organización social tradicional de los grupos indígenas peninsulares.

Los grupos en contacto

La península de California está situada en la parte occidental del continente americano, del que se desprende a la altura del paralelo 32°, latitud norte. Estrecha y alargada, sigue una dirección NO-SE, de modo tal que entre ella y el macizo continental se forma un alargado golfo, llamado también de California, que tiene unos ciento cincuenta kilómetros de anchura media. Los territorios en los que se efectuó el contacto al que vamos a referirnos aquí se localizan entre los 25.5° y los 26.5°. La zona es semidesértica, con pequeños oasis; la cruza una serranía que se encuentra más cercana al litoral del golfo que al del Pacífico.

Como el resto de la península, esta zona se hallaba ocupada por bandas de cazadores-recolectores, a las que los misioneros se referían como “rancherías”. Se dice en un testimonio de la época que entre 20 y 50 familias integraban cada una de estas bandas,² así que podemos suponer que eran unidades sociales formadas por unos 200 individuos o menos. Ciertos datos que tenemos sobre las bandas que quedaron vinculadas a los primeros establecimientos misionales pueden ayudarnos a calcular en términos aproximados el número de pobladores de la región. Para el año de 1702, a las dos misiones y los dos pueblos de visita hasta entonces fundados acudían regularmente 29 rancherías, que eran al parecer todas las que se localizaban en las zonas comarcanas.³ Si conservadoramente pensamos que cada una de esas rancherías tenía un promedio de 150 integrantes, resultará que la población nativa que para 1702 había entrado en contacto con el grupo inmigrante era por lo menos de unos 4 350 individuos, incluida la población infantil. Esas rancherías tenían sus respectivos territorios de recorrido en un área que, por el litoral del golfo, se extendía por unos 120 kilómetros y que, en algunas partes, se prolongaba hacia el interior de la península hasta por unos 50 kilómetros.⁴

² Francisco María Pícolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad de California, 1702, y otros documentos*, ed. de Ernest J. Burrus, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1962, p. 63.

³ *Ibid.*, p. 53-56.

⁴ *Ibid.*

La mayor parte de esta población aborigen era de lengua *laymona* o *cochimí*; tan sólo las rancherías que se encontraban de Loreto hacia el sur hablaban una lengua mencionada en la documentación de la época como *monquí*, que presumiblemente constituía una variante dialectal de una lengua más extendida que se conoció como *guaycura*. Más que ocuparnos en discutir los problemas de la filiación de estas lenguas nos interesa destacar aquí el hecho de que en esta región se localizaba una frontera lingüística, que constituía seguramente otro factor que incidía en la división territorial.⁵

Antes de 1697 hubo contactos esporádicos entre los europeos y los aborígenes peninsulares. Fueron casi todos ellos contactos breves, a veces puramente visuales, de observación a distancia, que se dieron entre los indios que vivían en la zona costera —a los que los españoles acostumbraban llamar “playanos” — y los navegantes que habían estado de paso por aquellos litorales o los pescadores de perlas que por un corto tiempo permanecían en las costas de la península. Tan sólo en un caso el contacto llegó a ser más estrecho y duradero. Ocurrió esto cuando una expedición comandada por el almirante Isidro de Atondo y Antillón se trasladó a la península con el declarado propósito de radicarse en ella. Tres sacerdotes jesuitas estuvieron incorporados a este grupo expedicionario, el que en agosto de 1683 fundó un pequeño puesto colonial, el real de San Bruno,⁶ muy cerca de donde después se localizaría el pueblo de San Juan Londó.

La ocupación del sitio perduró por algo más de un año y medio, tiempo en el que los colonos tuvieron un contacto cotidiano con los aborígenes que vivían en las zonas vecinas al real y contactos circunstanciales con algunas rancherías de tierra adentro. Esta situación, en la que el contacto llegó a ser más profundo e involucró a una amplia porción de la población autóctona de los alrededores del real, terminó también por disolverse, pues Atondo y su gente no lograron consoli-

⁵ Sabemos que en las rancherías fronterizas había indios que, además de la lengua propia, entendían y hablaban la de sus vecinos, lo que prueba que también en esa frontera había contactos intergrupales. Esos contactos deben haber sido en todo caso esporádicos, como podemos pensar que eran los que se daban entre las bandas que hablaban una misma lengua. Es de suponerse que los contactos amistosos o rituales se daban por lo común en las épocas de mayor abundancia —el verano— y que, por lo contrario, en las épocas de mayor escasez —de febrero a junio— las bandas tendían a replegarse dentro de sus respectivos territorios de recorrido. Los contactos intergrupales, cíclicos, como deben haber sido, darían ocasión para practicar una regulada exogamia. Parece ser que el intercambio de mujeres en actos ceremoniales era costumbre generalizada entre los californios.

⁶ Antes de asentarse en San Bruno, los expedicionarios se establecieron durante unos meses en la bahía de La Paz, donde fundaron un real que recibió el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

dar el poblamiento y tuvieron que retirarse de la península en 1685.⁷ Cabe pensar que los procesos de cambio cultural que empezaron a experimentar los grupos nativos por efecto del contacto entraron en una fase de reversión una vez que esos grupos volvieron a quedar en su ancestral aislamiento.

El contacto se restableció en la región doce años más tarde, en el mes de octubre de 1697. Otro grupo colonizador, encabezado éste por el padre jesuita Juan María de Salvatierra, pasó entonces a tierras californianas y se estableció en la ensenada de San Dionisio, unos veinte kilómetros al sur del abandonado real de San Bruno. Fundaron allí los expedicionarios el real y misión de Nuestra Señora de Loreto, que sería el primer asentamiento de población forastera que habría de perdurar en la península.

Tuvo esta nueva empresa colonizadora ciertas características que es preciso señalar para hacer más comprensibles las condiciones en que se dieron el poblamiento y el contacto. No fue una empresa pública, aunque tuvo el respaldo legal del Estado, sino una empresa privada, dirigida por padres jesuitas y financiada con recursos obtenidos por ellos. Sus modalidades organizativas se correspondieron con los objetivos que se fijaron sus directos promotores: introducir en California el sistema de misiones y evangelizar a la población nativa.

El virrey de la Nueva España —a la sazón José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma— autorizó a los jesuitas para que, al entrar en la península, llevaran consigo una escolta militar cuyos jefes serían escogidos o, si fuere el caso, removidos por los mismos religiosos. Se les dio asimismo a los jesuitas facultad para designar en primera instancia a las personas que, en nombre del rey, deberían administrar justicia en la colonia.⁸ Todas estas prerrogativas, que fueron después sancionadas por el soberano español, permitieron a los misioneros de la Compañía de Jesús tener una posición de preeminencia dentro del grupo colonizador y orientar las acciones de éste en el sentido en que lo reclamaban los fines misionales de la empresa.

Fundado el real y misión de Loreto hubo desde luego movimientos de expansión que llevaron, al cabo de dos años, al establecimiento

⁷ Una copiosa documentación sobre esta expedición se publica en W. Michael Mathes (comp.), *Californiana III. Documentos para la historia de la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, 3 v., Madrid, José Porrúa Turanzas, 1974 (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 36, 37 y 38).

⁸ Sobre los antecedentes y condiciones legales de la entrada jesuítica a California *vid.* Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, 112 p.

de una segunda misión, la de San Francisco Javier, que quedó localizada en la parte serrana, al suroeste de Loreto. Durante el periodo al que se circunscribe nuestro estudio, nada más en estos dos sitios hubo asentamientos de inmigrantes. Los llamados pueblos de visita no tuvieron en realidad una población forastera avecindada de fijo en ellos; fueron más bien sitios a donde concurrían a veces los misioneros para encontrarse con los indios lugareños.

Concentrado en su mayor parte en el real y misión de Loreto, el grupo inmigrante fue en alto grado minoritario en comparación con el número cada vez mayor de nativos con los que se entró en contacto. Hecho el primer desembarco en la ensenada de San Dionisio, tan sólo diez personas se quedaron allí para mantener la ocupación mientras el barco en el que habían llegado regresaba a la contracosta continental para llevar a la península abastecimientos y más pobladores. A fines de 1697 eran ya dieciocho los integrantes de la colonia, cifra que en el curso del año siguiente se elevó casi a treinta. Este número apenas había llegado a duplicarse en el año de 1702.⁹

Los miembros más conspicuos del grupo inmigrante fueron los misioneros. Únicamente tres de ellos llegaron a la península en el periodo al que estamos haciendo referencia. Llegó primero, en octubre de 1797, el padre Salvatierra, que era oriundo de Milán; a fines de ese mismo año se trasladó a la península el padre Francisco María Pícolo, siciliano, y en 1701 hizo lo propio el padre Juan de Ugarte, español criollo nacido en la provincia de Honduras. Los demás inmigrantes fueron en su mayoría españoles, tanto peninsulares como criollos, habilitados como soldados o que tenían oficios de marinería. Entre los pobladores laicos hubo uno que había nacido en Malta, otro en Sicilia, otro en Portugal y otro, mulato, por cierto, en Perú. Varios indios de las provincias continentales de la Nueva España y unos cuantos nativos de las islas Filipinas formaron parte de esa población inmigrante, en la que no faltaron algunas mujeres, esposas de soldados, con sus hijos.¹⁰

Condiciones de desigualdad en el contacto interétnico

Los fundadores de misiones fueron a la península precisamente para buscar el contacto con la población autóctona. Los indios península-

⁹ Ignacio del Río, *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1984, p. 154-156.

¹⁰ *Ibid.*

res, por su parte, no rechazaron en un principio ese contacto y aun parece ser que tendían a solicitarlo espontáneamente. Los primeros indios que vieron el padre Salvatierra y sus acompañantes en las costas californianas no sólo se acercaron en actitud pacífica a varios hombres que desembarcaron para inspeccionar la zona, sino que hacían señas con las manos como invitando a los que habían quedado en el barco a que también bajasen a tierra.¹¹ Se comprobó luego que la presencia de los forasteros no suscitaba en los indios actitudes recalcitrantes de desconfianza o temor y que, antes bien, los nativos aceptaban en general el trato con los recién llegados, a los que en todo caso observaban con curiosidad. Parecían también querer halagar a sus visitantes ofreciéndoles, por ejemplo, agua para beber o frutos de la tierra. Tanto en la región de San Bruno como en la ensenada de San Dionisio —zonas de habla *laymona* y *monquí*, respectivamente— buen número de gente nativa, incluso mujeres y niños, se acercó a los forasteros el mismo día de la llegada de éstos. Las mujeres se sentaban en cuclillas y reían continuamente; los hombres, que también festejaban cualquier ocurrencia, hacían el intento de comunicarse con los visitantes y mostraban un cierto empeño en permanecer cerca de ellos, aun al llegar la noche.¹²

Las experiencias de este tipo se repitieron siempre que hubo encuentros iniciales con las diversas rancherías de la región, sin exceptuar a las que, por hallarse tierra adentro, no habían entrado nunca en contacto con gente llegada del exterior de la península. La regla ostensible era la siguiente: si los forasteros entraban en un nuevo territorio en son de paz, los aborígenes los recibían de igual modo.¹³

Así como no hay base alguna para atribuir a los cazadores-recolectores californianos una belicosidad innata e irreductible, así tampoco sería correcto interpretar como actitudes de sumisión estas que venimos describiendo. Más bien habría que explicar tales comportamientos con referencia a los términos igualitarios en que se dio inicialmente el contacto de las bandas peninsulares con los fundadores de misiones. Una práctica común en los primeros encuentros fue la del don y el contradón, que, por lo menos externamente, tiene un sentido igualitario: los misioneros regalaban maíz y baratijas a los indios;

¹¹ *Carta del padre Juan María de Salvatierra al padre Juan de Ugarte: Nuestra Señora de Loreto, 27 noviembre 1697*, en *La fundación de la California jesuítica. Siete cartas de Juan María de Salvatierra (1697-1699)*, S. J., ed., introd. y notas de Ignacio del Río, estudio de Luis González Rodríguez, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, Fondo Nacional de Fomento al Turismo, 1997, p. 74. Decidí actualizar las notas de pie de página y por eso hago referencia a este libro, que se publicó después del artículo.

¹² *Ibid.*, p. 75.

¹³ *Vid. F. M. Pícolo, Informe del estado de la nueva cristiandad..., passim.*

éstos correspondían ofreciendo a sus visitantes pitahayas, pescado, agua, collares o cualquier otra de las cosas que ellos poseían y apreciaban.¹⁴ La igualdad caracterizaba, pues, estas comparencias, que no alteraban de pronto las prácticas económicas ni la organización social tradicionales de los grupos indígenas.

Se producían reacciones violentas de parte de los aborígenes en la medida en que el contacto se prolongaba y los indios empezaban a verse constreñidos a seguir pautas de comportamiento distintas a las de sus propias tradiciones. Una primera reacción colectiva de esta naturaleza se produjo aproximadamente tres semanas después de que fue fundada la misión de Loreto. El 13 de noviembre de 1697 varias rancherías se unieron para atacar el campamento de los inmigrantes —que no era otra cosa entonces la flamante misión— y llevaron a efecto el asalto en forma coordinada,¹⁵ lo que sugiere que, ante situaciones de peligro común, la fragmentada población aborígen se cohesionaba y era capaz de constituir un aparato de mando intergrupar. En las cuadrillas de asalto había hablantes de las dos lenguas que hemos mencionado, dato que vale la pena destacar, pues, bajo circunstancias normales, se manifestaba una profunda enemistad entre las parcialidades de una y otra lenguas.

Rechazados por las armas de fuego de los defensores de Loreto, los atacantes finalmente se retiraron del lugar cuando ya habían sufrido algunas bajas.¹⁶ Un hecho ciertamente interesante es el de que, luego que cesaron las hostilidades, varias mujeres se acercaron al campamento lauretano con la aparente pretensión de dejar a sus hijos pequeños con los forasteros, lo que quizá fuera un recurso empleado tradicionalmente por los californios para atenuar, en casos como éste, las condiciones de beligerancia. También ocurrió que, horas después de que fue suspendido el asedio, algunos combatientes indios se aproximaron al campamento de los forasteros y pusieron sus armas en el suelo, en evidente señal de que no querían seguir peleando.

La intención de los atacantes pudo ser depredatoria, como le pareció a Salvatierra, quien atribuyó el ataque a la “codicia” que despertaron en los indios los bastimentos de los recién llegados;¹⁷ pero no es aventurado considerar esa acción como un primer movimien-

¹⁴ *Ibid.*, p. 149-151.

¹⁵ *Carta del padre Juan María de Salvatierra al padre Juan de Ugarte*: Real de Nuestra Señora de Loreto, 27 noviembre 1697, en *La fundación...*, p. 89-92.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Carta del padre Juan María de Salvatierra al virrey conde de Moctezuma*: Real de Nuestra Señora de Loreto, 28 noviembre 1697, en *La fundación...*, p. 99.

to de resistencia indígena frente a las formas de relación social que trataban de introducir los forasteros, pues sabemos que durante los días previos al asalto los indios que se acercaban al campamento lauretano para tener acceso a las dádivas de maíz se fueron viendo obligados a adoptar pautas de comportamiento que les eran ajenas y que seguramente no eran entendidas por ellos, como la de tener que solicitar a los visitantes la ración alimenticia y recibirla sólo a condición de participar en los oficios religiosos o en los trabajos de construcción del real.

Salvatierra informó de aquel primer lance como si se tratara de una batalla decisiva que definiría a los indios como conquistados y a los inmigrantes como conquistadores. Escribió al virrey de la Nueva España en los siguientes términos:

quedaron vencedores estos pobres conquistadores y queda hoy día el rey, nuestro señor, conquistador y señor de este pedazo de tierra, de donde se podrán dilatar sus armas para todo este reino teniendo el pie fijo en estos primeros indios conquistados.¹⁸

En realidad, los atacantes habían sido contenidos, pero ni ellos ni el resto de los miembros de las rancherías locales habían sido conquistados aún. Sin embargo, ya se estaban dando las condiciones para que pronto lo fueran, esto es, para que perdieran definitivamente su tradicional autonomía.

Podemos decir que los inmigrantes empezaron a ejercer su dominio en la región casi desde el momento en que se inició el contacto y que ese dominio, que tuvo múltiples facetas, se fue consolidando poco a poco hasta llegar a ser incontrastable. Fue éste un proceso que implicó, por una parte, la dominación del espacio del contacto y, por otra, la dominación económica, social y política crecientemente ejercida sobre los grupos indígenas. No fue una dominación impuesta exclusivamente por medio de las armas, aunque cierto es que los recursos bélicos de los inmigrantes contribuyeron a afirmarla.

Lo que hicieron los pobladores de Loreto al ocurrir el asalto indígena al que antes aludimos fue defender una posición, una estratégica punta de playa cuya conservación era necesaria para mantener el contacto y para procurar la expansión territorial. Al decidir sobre la localización del campamento lauretano, Salvatierra había considerado las ventajas que el sitio tenía para poderse “atrincherar” en él y

¹⁸ *Ibid.*, p. 99-100.

defenderlo,¹⁹ o sea que preveía la necesidad de sostener esa primera posición por la fuerza. Inicialmente las instalaciones fueron protegidas tan sólo por un cerco de ramas espinosas, pero después del asalto de los indios se empezó a hacer una fortificación formal, con muralla de troncos y terraplén.²⁰ Tres piezas de artillería quedaron montadas en lo alto del fuerte, las que en adelante permanecieron allí como símbolo del dominio de los colonos.

La subsistencia de Loreto se fue asegurando cada vez más con la incorporación de nuevos pobladores. El poblado era apenas un mínimo espacio de dominio, pero fue también desde un principio una base de operaciones, un centro de irradiación de la presencia forastera. Acompañados siempre por unos cuantos soldados, los misioneros empezaron a recorrer los territorios vecinos en busca de rancherías indígenas y de sitios para hacer nuevas fundaciones.

En 1699, el padre Pícolo pasó a establecerse en la sierra, donde la misión de San Francisco Javier se convirtió en un segundo punto de apoyo para los movimientos de penetración. La amplitud del espacio dominado quedó determinada no tanto por los asentamientos de los inmigrantes cuanto por la red de caminos que se empezó a formar y se fue ampliando hasta que quedó “concatenada toda la tierra”, como lo consignaba Salvatierra en 1701.²¹ Este mismo religioso apuntaba en una carta suya: “importa mucho ir abriendo caminos buenos para gente a caballo, pues con eso se tiene en freno la tierra”. Y explicaba en seguida: “con la luna camina de noche el soldado y [los indios] se lo hallan sobre sí de repente, y este miedo de que puede llegar de repente el español es de mucho freno a las insolencias de los indios”.²²

Dentro del programa misionero, la ocupación de la tierra no era un fin, sino un medio para lograr que la población indígena abrazara la fe y las prácticas sociales propias de los cristianos. En este sentido, las posiciones de dominio territorial de los inmigrantes poco hubieran significado sin el complemento de las otras formas de dominación. Lenta pero continuamente se fueron estableciendo vínculos de dependencia económica entre la población indígena y los centros

¹⁹ *Carta del padre Juan María de Salvatierra al padre Juan de Ugarte*: Real de Nuestra Señora de Loreto, 27 noviembre 1697, en *La fundación...*, p. 77.

²⁰ *Carta del padre Juan María de Salvatierra al padre Juan de Ugarte*: [Real de Nuestra Señora de Loreto] 3 julio 1698, en *La fundación...*, p. 104.

²¹ *Carta del padre Juan María de Salvatierra al padre provincial Francisco de Arteaga* [1701], en Juan María de Salvatierra, *Misión de la Baja California*, introd., arreglo y notas de C[onstantino] Bayle, Madrid, Editorial Católica, 1946, p. 157.

²² *Carta del padre Juan María de Salvatierra al padre Juan de Ugarte*: 1 abril 1699, en *La fundación...*, p. 162.

misionales. La inmediatez con que se podía obtener el alimento en las misiones era algo que atraía a los aborígenes, los que seguramente no alcanzaban a percatarse del costo que en el futuro tendría para ellos esa alternativa. Si a mediano plazo implicaría la pérdida de su autonomía económica, en lo inmediato su solicitud del grano también los ponía a merced de los distribuidores del alimento: Abundantes son las referencias escritas que dejaron los religiosos en las que se advierte cómo se utilizaba el maíz para atraer a los indios, inducir en ellos ciertas conductas o castigarlos mediante la supresión de la ración.²³ A la postre, la simple afición por el maíz devino necesidad, una necesidad que sólo podía ser satisfecha por los misioneros, que controlaron el grano lo mismo cuando todo se llevaba de fuera que cuando se empezó a cultivar en las misiones.

La dominación económica llevó ineluctablemente a la dominación social y política. Ya en el periodo al que nos estamos refiriendo los misioneros tenían un fuerte ascendiente sobre los indios jóvenes, las mujeres y los niños; empezaban asimismo a dar “varas de justicia” a algunos de los indios adultos que les eran adictos. Los jefes indígenas que obraban con independencia respecto de los religiosos eran, por lo contrario, marginados; se les excluía de los repartos de alimentos y se procuraba ignorar su autoridad.

Un mundo trastocado por el contacto

Desde su establecimiento, las misiones fueron polos en torno de los cuales empezaron a girar las ranherías indígenas. Señalamos al principio de este trabajo que, para el año de 1702, veintinueve ranherías se hallaban ya vinculadas en mayor o menor grado con las fundaciones misionales. Diez de ellas lo estaban con la misión de Loreto; eran las de Conchó, Yetí, Truidú, Ligigé, Vonú, Numpoló, Chuyenquí, Liguí, Tripué y Lopú. A la misión de San Francisco Javier asistía la gente de otras doce ranherías cuyos nombres eran Biaundó, Cuivucó, Quimiamá, Lichú, Picoloprí, Yenuyomú, Unduá, Enulayló, Ontá, Onemaitó, Nunteí y Obé. También bajo el influjo del grupo inmigrante se hallaban tres ranherías que reconocían como lugar de reunión con los misioneros el “pueblo” de Nuestra Señora de los Dolores —eran las de Yodivinegé, Niumquí y Onubé— y otras cuatro —las de Teupnón, Anchú, Tamomquí y Diutoqué— que acudían al “pueblo” de San

²³ Sobre la importancia del maíz como medio de “conquista”, *vid.* I. del Río, *Conquista y aculturación...*, p. 129 y siguientes.

Juan Londó.²⁴ El hecho de que estos grupos fueran reconocidos con nombres específicos —que por lo general eran topónimos— nos confirma la particularidad que todos ellos tenían como unidades sociales diferenciadas aun por encima de su unidad cultural básica.

Esa multiplicación de las rancherías, que resultaba vital para los cazadores-recolectores peninsulares, hizo que la población peninsular fuera sumamente vulnerable cuando se encontró ya en una situación de contacto. Ante una presencia avasallante, como fue la de los fundadores de misiones, las bandas de los cazadores-recolectores no pudieron mantener intactas sus formas tradicionales de relación social tanto en el interior de sus comunidades como en el nivel de las relaciones intergrupales.

Casi desde el primer momento empezaron a producirse divisiones internas en las rancherías que acudían a las misiones, divisiones que fueron ahondándose en la medida en que los misioneros y sus acompañantes se hicieron fuertes en sus posiciones territoriales y consolidaron su ascendiente sobre las bandas implicadas en la situación de contacto. La cohesión interna de cada una de estas bandas, tan necesaria para mantener el control de sus territorios de recorrido y, al mismo tiempo, para asegurar la cooperación de todos los miembros del grupo, se veía continuamente debilitada por las alianzas precarias o estables que se fueron dando entre los miembros de las comunidades indígenas y el contingente forastero.

A este debilitamiento contribuyeron decisivamente las prácticas discriminatorias en los repartos de alimentos. Las dádivas alimenticias sirvieron a los misioneros para premiar a los indios que les eran adictos, mientras que la exclusión en los repartos les sirvió para castigar y aislar a los que tendían a militar en contra de ellos. Las ventajas inmediatas que tenía el estar en buenos términos con los misioneros pronto llevaron a algunos indios a mostrarse insolidarios con los miembros de su propia comunidad, a denunciar a los que atentaban contra las personas o los bienes materiales de los inmigrantes o a prestarse para aplicar castigos físicos a los que contravenían el orden impuesto por la gente de las misiones. Es de suponerse que esas divisiones internas, cada vez más profundas e irreversibles, no sólo tuvieron efectos disolventes dentro de cada una de las bandas de cazadores-recolectores, sino que también deben haber repercutido en el espacio social formado por todo el conjunto de las bandas diseminadas en los territorios en que se asentaron las misiones peninsulares.

²⁴F. M. Píccolo, *Informe del estado de la nueva cristiandad...*, p. 53-56.



Nos hemos referido aquí tan sólo al inicio de este radical proceso de cambio que hubo de poner en crisis no pocas de las situaciones de equilibrio dadas entre las formas de ocupación del espacio y las formas de organización social que habían sustentado la viabilidad histórica de las sociedades autóctonas peninsulares. Ese proceso entonces iniciado habría de reproducirse en forma ampliada con la expansión misional hacia otras partes de la península. Con el tiempo, los cambios serían más extendidos y profundos y no necesariamente para bien de los indios californios. Muy pronto empezaría a advertirse que la población autóctona de la península disminuía en número de una manera drástica y acelerada, tal y como fueron los cambios experimentados en aquel primer lustro de contacto.